

Función ‘subversiva’ del analista en las sociedades homogeneizadoras¹

Carlos Tabbia

Resumen

El proceso de construcción de una persona reclama el encuentro entre dos universos de sentido, las funciones parentales y los anhelos infantiles; un encuentro en el que sea tolerado el misterio de ambos y el descubrimiento mutuo derive de una invitación y no de una invasión. Pero esa tarea encuentra oposiciones en las partes amentales de la personalidad que se resisten al aprendizaje por la experiencia. Esa oposición deviene un terreno propicio para que en él germinen la propaganda, los prejuicios, el pensamiento único y el fanatismo, ocasionalmente estimulados por los medios de comunicación. En un mundo masificado que propugna funcionamientos amentales, la labor del psicoanalista es casi subversiva.

Palabras clave: fanatismo, moda, prejuicio, pensamiento, subversión.

Abstract

The process of a person's construction requires the meeting between two universes of meaning: the parental functions and the infant's desires; a meeting in which the mystery of both is tolerated and the mutual discovery comes from an invitation and not an invasion. This task, however, meets with opposition from the non-mental parts of the personality that resist learning from experience. This opposition creates a landscape favourable to the germination of propaganda, prejudices, groupthink and fanaticism, occasionally stimulated by the media. In a mass society which promotes non-mental functions, the work of a psychoanalyst is almost subversive.

Keywords: fanaticism, fashion, prejudice, thought, subversion.

El humor y el chiste tienen la cualidad de decir verdades lapidarias mientras despiertan sonrisas y estimulan el pensamiento. Uno de esos chistes hace

referencia a los cinco judíos que más han contribuido a cambiar la forma de ver el mundo:

Moisés dijo: «La ley es todo»,
Jesús dijo: «El amor es todo»,
Marx dijo: «El capital es todo»,
Freud dijo: «El sexo es todo».
Luego vino Einstein y dijo: «Todo es relativo».

Nuestra civilización occidental se ha desarrollado, en gran medida, a partir de estas diferentes formas de ver el mundo: ley, amor, deseos y motivaciones inconscientes, capital y finalmente relatividad. Cada nueva forma de ver el mundo ha estremecido, herido el narcisismo. Las supuestas verdades universales y los valores han sido y son puestos, una y otra vez, en cuestión. Un cuestionamiento que, como siempre, provoca inquietud, asombro, dudas, que pueden cicatrizarse precipitadamente a través de respuestas parcialmente verdaderas, capaces de ser transformadas en consignas fanáticas. El dogmatismo, el autoritarismo son máscaras que pretenden ocultar la ignorancia, anestesiar el temor e impedir las preguntas. El fanatismo delata las ansiedades esquizoparanoideas y confusionales que pretenden desautorizar.

Cuando cayó el muro de Berlín —que organizaba paranoidemente el mundo occidental— surgieron en Europa todas las divisiones y fragmentaciones que estaban congeladas bajo pactos perversos firmados en nombre de esencias. Los pactos no resuelven las contradicciones, solo las congelan. Pero del mismo modo que el autoritarismo no resuelve los problemas, tampoco lo logra la tendencia a la fragmentación, a las divisiones, al modo de los adolescentes quienes imaginan que solucionarán sus problemas abandonando la casa paterna. En realidad, ni los delirios ni la acción compulsiva son buenas alternativas al pensamiento...

Los cinco personajes del chiste mencionado tienen algunos elementos en común: estaban interesados en entender algo que estaba más allá de

lo inmediato. Eran místicos, filósofos, científicos, gente interesada en interrogarse por el fondo de las cuestiones... y que fueron capaces de formular ideas y valores que han sido revisados, cuestionados, confirmados en muchas ocasiones y que en gran medida han superado la prueba del tiempo y de las culturas. Hoy, por el contrario y haciendo una contraposición peligrosa por lo esquemática, se podría afirmar que reina la desorientación y que los valores son determinados en centros de poder como Hollywood, donde la moda es sobrevalorada, o en Wall Street donde el dinero es el valor supremo. Estamos viviendo una época en la que los *lobbies* han adquirido un poder supranacional y la moda ha devenido omnímoda, en tal modo que se ha convertido en «el factor determinante en todos los campos, y es así, —decía Meltzer— porque está conectada con el dinero. Sólo las modas cambian, pero los valores de la moda, no» (Meltzer, Harris, 1998: p. 321). Además, los medios de comunicación transmiten y generan valores. En realidad, podría sugerirse que los medios difunden las modas que crean los *lobbies*. La omnipotencia de estos grupos de presión se manifiesta en que se sienten capaces de proponer modelos de identificación en áreas tan diversas como las organizaciones familiares, la identidad sexual, la salud mental, la manera de ser feliz o de disfrutar del ocio o de resolver las crisis económicas, hasta los colores y la ropa que se han de usar, y la música a consumir, etc. Casi no hay área que quede libre de su influencia. Es tan grande la presión que ejercen esos grupos que se requiere gran capacidad emocional para preservar una opinión propia. Aunque se podría afirmar que todas las personas pueden ser condicionadas por esos grupos, creo que los adolescentes son los más vulnerables y seducibles por la propaganda, por los dictados de la moda. Esto tiene su lógica pues esa edad se caracteriza por la confusión y toda propuesta que ofrezca una salida será escuchada, acogida; pero, mientras unos adolescentes utilizarán las modas y harán luego su propio camino con opciones más personales, otros quedarán como adheridos a esas consignas. Durante esa etapa turbulenta, el adolescente necesita criterios para orientarse durante la azarosa travesía; pero esto resulta más difícil en una cultura ocasionalmente atolondrada que borra los contornos, las diferencias, porque cree que «todo es relativo» y por tanto «todo vale». La psicoanalista francesa Florence Guignard (2001) señalaba recientemente:

Hoy en día diría que la desdiferenciación de las etapas que van del período llamado de «latencia» hasta la

adolescencia avanzada se prolonga por una coexistencia de promiscuidad cada vez más importante entre los jóvenes adultos con sus padres, en los avatares sexuales y sentimentales de unos y otros. Esta prolongación está lejos de originarse únicamente en factores económicos; la generación adulta experimenta un placer cierto, incluso una gran complacencia narcisista en «rejuvenecer» de esta manera, favoreciendo al mismo tiempo en los adolescentes la evitación del reconocimiento de la diferencia de los sexos y de las generaciones, así como el doloroso trabajo de soledad que aguarda a todo sujeto en devenir.

[...] El borramiento social de la diferencia de los sexos por parte del grupo que los rodea permite, incluso favorece, la expresión de una cierta forma de excitación pulsional en un modo mayoritariamente unisex, alentado por los medios por motivos comerciales (p. 394).

Guignard se atreve hasta a encontrar razones económicas en la explotación de las confusiones generacionales y sexuales. Creo que los beneficios económicos son secundarios al placer de triunfar maníacamente sobre el dolor de soportar las diferencias y las castraciones. Así como sucede con las adicciones, la negación de las diferencias pretende ser una coartada para evitar el dolor mental. Pero hay otras variables. El dolor frente a las diversas castraciones adquiere más relieve, más significación si se le suma el esfuerzo que exige comprender la naturaleza compleja de los objetos, de los afectos, de las relaciones con los que ha de negociarse. Lo complejo exige análisis y síntesis y esto no siempre está al alcance de los atribulados niños y adolescentes, y por eso las consignas, los eslogans, los prejuicios adquieren valor de tabla de salvación.

Pero si hay algo complejo es la mente humana. Ante esa complejidad no caben respuestas simples. La historia del pensamiento es un registro de los intentos del hombre por entenderse y develar los misterios del ánimo. En ese devenir, los conceptos se reformulan en el interior de cada pensador. El psicoanálisis es otro de los intentos de comprender la mente humana. Sus conceptos, sus modelos, sus formulaciones tienen una historia. El acervo psicoanalítico, con su complejidad y riqueza, tanto puede apasionar como desbordar al estudioso, porque, ciertamente que para asimilarlo, se exige tolerancia al dolor. Frente a ese esfuerzo pueden surgir respuestas del tipo adolescente que pretende devenir adulto eliminando a sus padres, como si se pudiera ser psicoanalista ignorando la

metapsicología y la historia de los conceptos; en ese caso, es probable que así se adquiriera una vehemente creencia de poder desarrollar nuevos pensamientos, aunque en realidad sean *light*. También es cierto que lo *light* tiene mucho mercado y está de moda. La pulsión epistemofílica impulsa hacia el descubrimiento y ese es un patrimonio para no dilapidar; pero para descubrir es necesario conocer los antecedentes y conviene avanzar sin desbarrancarse en confusiones, como la que puede subyacer en la crítica al concepto de asimetría en la relación analítica. Convendría no confundir diferencia de funciones entre sujetos iguales en derechos con un concepto más ligado a jerarquía, privilegios o autoridad; creo que una confusión de tal tipo respondería más a un estado mental adolescente o a una conclusión prejuiciosa y precipitada que a un sólido pensamiento psicoanalítico.

Rememorando el chiste del inicio: no todo es relativo (Tabbia, 2011); me parecería dañino que las modas destruyeran las bases del edificio psicoanalítico... Si eso fuera posible, sería porque su destructividad residiría en que la moda habría colusionado con las áreas protomentales para perjuicio del desarrollo simbólico y del pensamiento autónomo. En la colusión, dos se unen para perjuicio de un tercero. Si las consignas de moda encuentran un estado mental confuso pueden ser rápidamente aceptadas para así congelar un conflicto, obturar una pregunta o impedir una resolución personal. Al emplear el término de protomental se rememora la división de la vida mental que hizo Bion (1961); él consideraba que el sujeto tiene dos áreas de funcionamiento, el protomental como un área no simbólica, concreta, cuantitativa, compuesta por hechos externos, y resistente al proceso de simbolización, mientras que el área mental es simbólica, basada en las emociones, pendiente de lo cualitativo y estético más que en lo cuantitativo, y está más volcada a encontrar significados a través de la introspección que de la acción. La diferenciación entre áreas simbólicas y no simbólicas halla una nueva diferenciación cuando se compara la vida mental derivada o no del contacto con los objetos. El contacto que permite aprehender al objeto puede generar un significado, mientras que si los significados ya están previamente establecidos, se tendría una cosmovisión propia del mundo cerrado y ritualizado de la tribu, como planteaba Bion (1961) y lo destacaba Meltzer (1990: T. III, p. 9). Ahora bien, la vida de toda persona «[...] se desarrolla no solamente en la esfera de las funciones simbólicas

sino también en las áreas protomentales. Las áreas protomentales se manifiestan como comportamiento social caracterizado por la obediencia, la rutina y las experiencias alucinatorias constantes, que están fuera del área emocionalmente significativa» (Meltzer, 1981: p. 328). En la medida que el sujeto se desenvuelve con esos dos modos de funcionamiento, los dictados de la moda encuentran en las áreas protomentales un campo abonado para que el sujeto obedezca y, dejando de pensar, siga los dictados de los medios de comunicación. Estos medios se dirigen —sutil e insistentemente— a esas áreas amentales, que se oponen al aprendizaje por la experiencia y que al rechazar el dolor implícito en todo aprendizaje, asumen las consignas de la propaganda que le seduce diciéndole: «no se preocupe, si no está conforme, le devolveremos su dinero», «porque el cliente tiene siempre razón», ya que «el que paga, manda»... Se promueve así un funcionamiento irresponsable basado en los «supuestos básicos» (Bion, 1961), los cuales expresan el deseo del sujeto de resolver los conflictos sobre la base del principio del placer. Pero en la sociedad actual se podría enunciar otro supuesto básico, con su función resistencial, tal como hace Meltzer en relación con el grupo familiar de una paciente, Elsa: «El supuesto básico de este grupo es el dinero, el cual es el origen del bien. No es que tener dinero sea la raíz de todos los males, sino a la inversa. Es el supuesto básico capitalista: el dinero es la raíz del bien» (Meltzer, Harris, 1998: p. 238); pero funcionando sobre la base de supuestos básicos, es casi imposible pensar y la comunicación termina organizándose en torno a «clisés y *slogans*» (ibídem) como le pasaba a dicha paciente. Creo que las personas atrapadas en funcionamientos semejantes al de Elsa podrían ser consideradas como los pacientes que desafían la labor del psicoanalista porque casi carecen de realidad psíquica. Si las personas no piensan, ni tienen fantasías, si están prendidos a lo concreto, si se expresan con eslogans y clisés, si no tienen más valores que los ofrecidos por la cultura asentada sobre el dinero y el consumo, etc. el psicoanalista se encuentra ante la ingente tarea de hacer surgir un sujeto pensante y libre. Este tipo de pacientes podrían ser considerados un exponente de una cultura que asume sin criticar las consignas del ir «de prisa, de prisa», pues «no hay tiempo que perder», sobre todo para pensar y mucho menos para elaborar duelos, aunque con eso solo se esté empujando hacia funcionamientos pseudomaduros. Una cultura donde la dependencia no es valorada y donde se reivindica la independencia basada no

tanto en la responsabilidad sino en el opositorismo, no exento de cinismo, como el de un púber que definió las bombas de los aviones militares como «un pedazo de metal que explota haciendo un hermoso efecto visual y que mata por pura casualidad», puede producir grupos frustrados y fracasados como dicho púber quien conservaba una inteligencia intacta porque aún no había llegado a contactar con el mundo. Pero el dolor no queda circunscripto a ese solo sujeto. Porque cuando se unen oposición, desconfianza, urgencia para huir de la situación y cinismo se están poniendo las bases para los funcionamientos amentales que predisponen a buscar y encontrar chivos expiatorios para los propios fracasos y para la persecución. Esa conjunción también puede motivar la búsqueda de un mesías o una idea salvadora que libere del dolor, siempre causado por otro, como sucede —en los casos extremos— en las bandas y pandillas juveniles. Ante estos funcionamientos cabe preguntarse qué puede ofrecer el psicoanálisis. Creo que solo puede ofrecer la confianza en que la realidad psíquica se desarrolle si el psicoanalista tiene la tolerancia, la perseverancia, la imaginación y la intuición suficiente como para transformar — desde una identificación con las funciones parentales — ese modo concreto de operar, propio de los funcionamientos inmaduros e infantiles. Es muy probable que el analizado venga con una transferencia preformada, es decir, suponiendo saber en qué consiste el análisis y en el tipo de material que le interesará al analista. Será tarea de este desmontar ese prejuicio para conseguir un terreno donde pueda experimentarse una nueva manera de relacionarse. Para esa tarea, creo que una manera de desbrozar el terreno y prepararlo para la siembra es el centrarse exclusivamente en el interés por el sujeto, basándose en la observación más que en la información. Los pacientes llegan al análisis saturados de datos y solo los puede sorprender la serena disponibilidad y la curiosidad no intrusiva del analista. De modo gradual se conseguirá que el paciente abandone la máscara social con la que ha protegido hasta ese momento su vida; y la armadura se irá oxidando a medida que el mutuo interés se desarrolle entre ambos participantes de la relación analítica. Pero ese proceso no es lineal sino que se desarrolla con sobresaltos porque la desconfianza a quedar sin protección delante de otro no se logra en poco tiempo, pues el que ha sufrido necesitará tiempo para confiar, tal vez por primera vez. La máscara solo se abandona cuando se tiene la confianza suficiente en el compañero y se siente en una relación íntima. Tal como decía en otro sitio:

*Consideraremos íntimo a aquel espacio privado en el que los participantes intercambian afectos — amorosos y hostiles —, sin poderse anticipar un resultado. Este dependerá del interjuego pulsional y del estado de los objetos internos de los participantes del encuentro y del interjuego identificación introyectiva y proyectiva. La intimidad en el estado mental adulto es una experiencia en donde ambos participantes se modifican con la misma experiencia; en ese sentido se puede recuperar el concepto bioniano del *at-one-ment*, la unicidad, que nombra la posibilidad de participar en la experiencia de *formar algo inédito, intenso e inconsciente con otro, que genera nostalgia y que se sostiene en la soledad y en la tolerancia al inagotable misterio del otro, lo cual sería una manera de definir la intimidad*. Pero, al igual que la experiencia analítica, la experiencia de intimidad es algo que será comprendida al final de la misma y a la que sólo los valientes pueden arriesgarse. (Tabbia, 2010: p. 118).*

Ese contexto íntimo deviene el continente adecuado y necesario para el desarrollo simbólico. No es de extrañar que los grupos intolerantes al pensamiento y defensores del pensamiento único desconfíen de las relaciones íntimas, a las que confunden con relaciones peligrosas, del mismo modo que desconfían de aquellas relaciones y encuentros en donde se desarrolla el pensamiento. Ambas desconfianzas han caído y caen sobre el psicoanálisis y la labor de los psicoanalistas. Por ese motivo decía antes que solo los valientes pueden arriesgarse. Creo que el psicoanálisis se vivifica cuando no es asimilado al confort de los grupos burgueses. En la molición de los poseedores de fama, prestigio y dinero, el psicoanálisis puede convertirse en una moda apta para consumistas pero habrá perdido el carácter subversivo implícito en un proceso de descubrimiento.

No quisiera terminar esta comunicación sin hacer una referencia al análisis como una situación experimental en la que el analista y el analizado entran en relación con el propósito de poner en marcha un proceso de exploración y descripción más que de explicación, en el que no hay certezas ni predictibilidad ni objetivos; pero en la que cada sesión deviene una posibilidad de encuentro en el que ambos participantes habrán de descubrirse mutuamente y transformarse, abrigando la esperanza de que Dios los cure, según recordaba Smiley Blanton, paciente de Freud.

Carlos Tabbia
tabbiadespacho@hotmail.com

Bibliografía

- BION, W. R. (1961). *Experiences in Groups. Great Britain: A Tavistock/Routledge publ.*
- GUIGNARD, F. (2001). El psicoanalista y el adolescente. ¿Existe una especificidad de la formación para el ejercicio psicoanalítico con el adolescente? *Psicoanálisis APdeBA*. Vol. XXIII, Núm. 2, 2001, 389-403.
- MELTZER, D. (1981). Implicaciones psicósomáticas en el pensamiento de Bion. *Psicoanálisis APdeBA*. Vol. XV, Núm. 2, 1993, 315-338.
- MELTZER, D. (1990). El significado clínico de la obra de Bion. *Desarrollo kleiniano*. T. III. Buenos Aires: Spatia Ed.
- MELTZER, D., HARRIS, M. (1998). *Adolescentes*. Buenos Aires: Spatia.
- TABBIA, C. (2010). «La intimidad, D. – Martha», De la angustia y otros afectos. VI *Jornades d'Intercanvi en psicoanàlisi*, Barcelona: Gradiva, 109-118.
- TABBIA, C. (2011). Grupo familiar (externo/interno) y ética. *Revista de Psicopatología y salud mental del niño y del adolescente*, Núm. 17, Barcelona, abril 2011, 83-92.

Notas

1. Este trabajo fue presentado con el título *La función del analista. Áreas protometales y experiencias íntimas en el desarrollo simbólico* en las jornadas celebradas con motivo del XXº aniversario de iPsi, Barcelona, mayo del 2012.